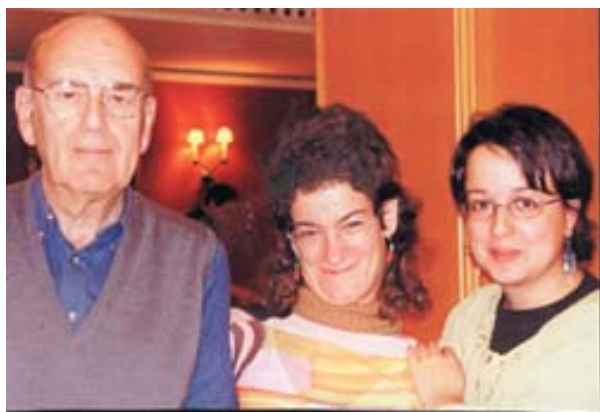


"MI VIDA"

por M^a Soledad Marina Taldercuende (Soria)

"Érase una vez una chiquita que tuvo dificultades para nacer..."

Nací una madrugada de invierno. El parto fue bastante complicado. A mi madre, le empezó a subir la tensión y los médicos decidieron ponerle inyecciones para controlársela. Eso hizo que a mi



Sole junto a Ana de Frutos y Jordi Cros, sus profesores (Soria 2005)

me faltara oxígeno, hasta tal extremo, que los médicos no contaban con ninguna de las dos.

Tras mucho esfuerzo, logré nacer. Pero estaba tan débil y tan indefensa que a mi familia le dijeron que había nacido, pero que me habían metido en la incubadora, que estaba muy mal, que lo más probable es que durase unas cuantas horas y que mi madre estaba fuera de peligro. El primer objetivo de mi padre, fue preparar todo para bautizarme lo antes posible. Fue al registro civil y me inscribió con el primer nombre que le vino a la memoria, el de Soledad, como mi madre. Luego, llamaron al sacerdote del hospital, a dos enfermeras que en aquel momento estarían haciendo su turno, para que hicieran de padrinos, y así fue como me bautizaron.

Los días pasaron. Mi madre, poco a poco, se fue recuperando y yo, para sorpresa de todos, incluyendo a los médicos, logré salir adelante. Tras un mes en el hospital, nos marchamos a casa. Una vez en casa, y cuando todo se tranquilizó un poco o bastante, porque yo ya me encontraba fuera de peligro, me volvieron a bautizar, pero en la iglesia de mi pueblo y con toda mi familia. Esta vez, mis padrinos fueron mi tío Rafael (un hermano de mi padre) y mi tía Dolores (la hermana de mi madre).

Mi infancia fue como la de cualquier niña. A medida que iba creciendo, se iba notando más el problema que yo tenía. Yo no podía estar sentada por que me iba para los lados y me caía. Recuerdo que, para que yo me estuviera sentada sin caerme, mi madre ponía alrededor mío almohadas, para que éstas me sujetaran. Así podía estar un ratito, no muy largo, por que enseguida me resbalaba.

A los 4 o 5 años, mi madre me llevó a un centro de Madrid. Era una especie de residencia, donde vivíamos. Allí estábamos de lunes a viernes y los fines de semana nos íbamos a casa de una tía nuestra, donde también pasábamos largas temporadas. Una noche, estando en casa de mi tía y durmiendo en la cama, me puse muy malita. Me daban ataques y convulsiones. Me tuvieron que trasladar de inmediato en ambulancia a la Paz, donde me ingresaron de urgencia. Otra vez, nadie daba un duro por mí. En realidad, no se cuanto tiempo estuve allí. Lo que si recuerdo es que estaba en una habitación llena de niños, pero a mí me tenían en una cama, aislada, es decir, mi cama estaba tapada con un gran plástico. No sé si era para darme oxígeno o para protegerme de infecciones.

También recuerdo que, por las mañanas, me levantaban las enfermeras para hacer la cama y me sentaban en una gran alfombra con los otros niños, mientras ellas terminaban de arreglar las camas. Pero yo, en vez de jugar con mis compañeros, me tumbaba porque me mareaba; era incapaz de sujetarme.

Cuando salí de la Paz, volvimos de nuevo a casa de mi tía. Mi madre me llevaba a revisiones y, en una de estas revisiones, el médico que llevaba mi caso le dijo a mi madre que sería bueno que yo hiciera natación. Mi madre, haciendo caso al médico, me apuntó a un curso de natación. Yo no he visto jamás monitor más burro, ni técnica más extraña que esa. Me cogía, me tiraba a una piscina olímpica y él, desde arriba, me iba dirigiendo con un hierro.

Lo pasaba fatal, incluso no quería ir a natación. De aquella experiencia sólo saqué una cosa y fue mucho miedo, un miedo que aun me

dura ya que soy incapaz de meterme en una piscina y, por supuesto, nunca aprendí a nadar.

Después de esto, volvimos a nuestro pueblo, pues yo tengo una hermana dos años menor que yo, a la que cuidaban mis abuelos y mi padre, mientras mi madre se encontraba en Madrid conmigo. Una vez en casa, incluso ya en Madrid, los médicos empezaron a hacerme pruebas para saber que inteligencia tenía. Con 5 años tenía yo la inteligencia de un niño de 7 años. Mi madre empezó a moverse y enseguida buscó a una profesora para que viniera a casa a enseñarme a leer y a escribir.

También buscó a alguien para que me hiciera algo de rehabilitación. Recuerdo que era un chico súper majo, que me quería y me quiere mucho, ya que esta casado con una chica de mi pueblo. Pues yo no le podía ni ver, era verle entrar por la puerta y ponerme a llorar. Había días que el pobre me traía caramelos para ver si así yo no lloraba, pues no había tu tía. Yo burra de mi seguía con las mías, y no paraba de llorar durante la hora que duraba la clase. Él me enseñó a gatear correctamente, y digo correctamente porque, en cuanto el se iba por la puerta, yo dejaba de gatear correctamente para gatear a mi manera, que iba más rápido.

Aquí en Soria, los psicólogos le dijeron a mi madre que era bueno que yo fuera a la escuela, para que me relacionara con chicos de mi edad. Mi madre, que siempre ha querido lo mejor para mí, empezó a llevarme a la escuela. Se que empecé yendo a párvulos, pero de esta etapa tengo pocos recuerdos. Lo que más recuerdo es cuando pase a 1º de EGB. Aquí yo iba a la escuela por ir y por estar con otros niños de mi edad, ya que la profesora no me prestaba atención. Eso sí, fue tan maja de dejarme el mejor pupitre..., era el que estaba al lado de la estufa.

También me ayudaba a salir al recreo, pero el resto del día me lo pasaba en mi pupitre sin hacer nada. Mi madre enseguida se dio cuenta de que la profesora no me prestaba atención.

Entonces, por las noches, mi madre se dedicaba a hacer dibujos para que yo, al día siguiente, me los llevara a la escuela y los pintara, así yo no me sentía desplazada o discriminada hacía los otros niños. Aquí debo hacer un alto para decir que yo nunca me he sentido distinta de otros niños. Tal vez por mi corta edad, o por que mi madre siempre estaba ahí apoyándome y haciéndome el camino más fácil. No lo sé, sólo se que yo nunca me sentí "bicho raro", todo lo contrario, yo era así y punto.

A los 9 años mi madre me llevó a un colegio de Zaragoza. El colegio se llama ASPACE. Un autocar me cogía de casa a las 9 de la mañana y me devolvía a casa, a las 7 de la tarde. El primer día de colegio, recuerdo que lo pase fatal. Por un lado, jamás me había separado de mi madre tanto tiempo, y por otro lado todo, aquello era nuevo para mí.

A medida que iban pasando los días, yo me iba haciendo con el lugar y con la gente. Hice muchos amigos, amigos que aun conservo, y que son mi alegría y mi mejor tesoro porque, a pesar de que ha pasado mucho tiempo, aun estamos en contacto.

En ASPACE, hice 1º y 2º de EGB, mientras que, a la vez, hacía rehabilitación. En rehabilitación, yo iba haciendo mis pinitos y, con el apoyo de los terapeutas, conseguí dar mis primeros pasos. El día que logre andar unos cuantos metros yo sola, todo el mundo se alegró por mí. Es más, a medida que iba corriendo la noticia por el colegio de que yo había andado, profesores y médicos me buscaban para felicitarme.

Pasé a 3º de EGB, yo estaba súper feliz, tenía amigos, estaba rodeada de gente que me quería, iba mejorando, ya que empezaba a andar y, por último, iba bien en los estudios, ¿Qué más podía pedir? Un día, mi madre me dijo que mi hermana y yo íbamos a tener un hermano. Fue una gran alegría para mí, aunque esta gran noticia suponía tener que dejar el colegio y regresar al pueblo. No obstante mi madre fue muy valiente, y digo esto por que, a pesar de estar embarazada, no quiso que yo dejara aquel colegio y aguantó en Zaragoza, sola conmigo, hasta los 8 meses de embarazo.

El día que tuve que despedirme de mis amigos, de mis profesores y de todo el mundo del centro, fue muy duro para mi y para la gente de allí. Sin duda fue una etapa de mi vida que nunca olvidaré.

Una vez en mi pueblo volví a la escuela. Esta vez me incorporé en la clase de 3º de EGB.

Mi intención era de seguir, es decir, retomar mis estudios. Pero no fue así, aunque tengo que decir, que ésta fue la única profesora que me hizo un poco de caso. No me daba nada de 3º de EGB, pero sí que a ratos se ponía junto a mi, y me hacía leer o me ponía alguna suma o resta pero nada más. Me dediqué a pasar de curso como el que pasa las hojas de un libro.

Mientras tanto, 2 días a la semana, yo subía a la Residencia de Soria, a hacer rehabilitación y logopedia. Por supuesto, estos dos días que subía a Soria, faltaba al colegio, pero no me importaba, ya que hacía y aprendía más en Soria que sentada en una silla de la escuela, viendo pasar las horas. En logopedia, aprendí a escribir a máquina. Mis primeros comienzos con la máquina de escribir no fueron fáciles. Me pusieron una máquina de las que había antes, de esas que tenía las teclas muy duras. Recuerdo que yo no tenía fuerzas suficientes para apretarlas. Me hicieron comprar un puntero de goma para dar a las teclas, (en vez de escribir, parecía que iba a asesinarlas, de los porrazos que les daba con el puntero). Enseguida la doctora le dijo a mi madre que sería bueno comprarme un ordenador ya que veían que, con la máquina, el escribir me costaba un montón. Con el ordenador, la doctora pensaba que sería un buen método para mí ya que, a mano, no iba a poder. Y mi madre me compró el ordenador.

También intentaron llevarme a un centro que hay en Soria de gente minusválida psíquica. El inconveniente que había es que yo soy minusválida física y no podía estar entre aquellos niños. Entonces, el director del colegio pensó en hacer una aula especial para mí sola pero, en Madrid, no le dieron el permiso para construirla.

Mientras me pasaba todo eso, yo conseguí andar. Por casa iba sola y por la calle también hacia mis pinitos. Al principio para salir a la calle e ir yo más segura cogí un andador y, como veía que con éste iba muy despacio, cogí una cochecito de niño. Éste, al llevar 4 ruedas, me permitía ir más deprisa e ir por más sitios de los que podía ir con el andador.

Fui a la escuela hasta 8º de EGB (pero en realidad no tengo nada hecho, por el motivo que he dicho antes). Intenté dejar varias veces el colegio, ya que pasaba horas y horas mirando las musarañas. Pero en cuanto yo dejaba de asistir a clase, llamaban por teléfono a mi madre de la delegación de Educación y Ciencia para ver lo que pasaba y para que me incorporara a clase. Siempre nos decían que iban a cambiar las cosas, que me iban a prestar atención, pero lo cierto es que nunca fue así.

Cuando acabe definitivamente la escuela, me alegre un montón.

A los 16 años y luego de mucho papeleo, me avisaron de que tenía una plaza en un colegio de Logroño. Este colegio estaba muy bien, hasta me dijeron que había tenido mucha suerte de que

me dieran la plaza a mí, ya que había mucha gente esperando una oportunidad como aquella.

Yo me alegré de que aquella plaza hubiera sido para mí pero, por otro lado, yo sabía que aquello suponía tener que separarme de mi familia. En ese colegio estuve 3 meses. De nuevo retomé lo del graduado escolar (lo que nunca conseguí). A casa venía cada 15 días, aunque lo malo era la vuelta del domingo al colegio, pues lo llevaba muy mal.

En el segundo mes, ya aquello se me hacía muy cuesta arriba. Solo pensaba en que llegara el viernes para venirme a casa. Si mi padre no venía a buscarme, me cogía el autobús y me venía yo sola. Esto a mi madre le costaba algún que otro disgusto. Por aquella época, mi madre trabajaba en una fabrica y yo dejaba dicho en el colegio que llamaran a mi casa, para decir que iba yo en camino y que fueran a la estación de autobuses a recogerme. Muchos días ya pillaban a mi madre en su trabajo así que, una de dos, o mi madre se tenía que salir de su trabajo para ir a recogerme, o bien tenía que buscar a alguien para que me fuera a recoger, lo que le suponía un quebradero de cabeza.

En el colegio, y entre semana, me di cuenta que, mientras tenía la cabeza ocupada no le daba demasiadas vueltas a lo que realmente quería hacer y que era dejar el colegio. Así pues, me apunté a varias actividades que había después de clase. Me apunté a todo aquello que me gustaba y a su vez que no me ataba, es decir, si iba un día y al otro no iba, no pasaba nada. Un día iba a un taller de radio, otro día iba a gimnasia, o a la piscina, otro día me apuntaba a las excursiones, la cuestión era distraerme y a la vez cansarme para llegar a la cama súper agotada y con ganas solamente de dormir.

Al tercer mes ya no podía aguantar más. Me levantaba de la cama fatal, con ganas de llorar, echaba de menos mi casa, mi familia, mis cosas.... y aprovechando unas vacaciones de Semana Santa, decidí dejar el colegio definitivamente.

Los siguientes meses fueron como una especie de pesadilla para mí. Todo el mundo no hacía más que decirme que porqué había dejado el colegio, que me arrepentiría y que luego sería demasiado tarde. De esto ya han pasado 15 años y tengo que decir que no me arrepiento para nada, es más, lo volvería hacer. Aunque tengo que reconocer que a veces me asalta la duda y me pregunto ¿y si hubiera seguido en aquel colegio?, quizás ahora hubiera tenido otra vida,

con unos estudios, con un trabajo, con novio, etc....etc.... pero a la vez me digo que quizás no, es algo que nunca voy a saber.

A partir de aquí, me dediqué a estar en casa. Mi madre, como ya he dicho, trabajaba en una fábrica, así que yo estaba en casa con mi abuela. Por las mañanas, era yo quien ayudaba a mi abuela a hacer las camas, a fregar los cacharos, los suelos.... y por las tardes, cogía mi cochecito y me iba a pasear. Un día, una prima nuestra, nos trajo un folleto de la Cruz Roja donde decía que, en el mes de Julio, se hacían unos campamentos. Mi madre decidió apuntarme. Yo era muy reacia a los campamentos, no quería ir e hice de todo para no ir. Me puse burra con mi madre, hasta le dije que si me llegaba a pasar algo, la culpa la iba a tener ella. Pero de nada sirvió y fui de cabeza al campamento. Hoy en día, le doy las gracias a mi madre por obligarme a ir a ese campamento, ya que fue una experiencia muy positiva en mi vida.

A partir de esta experiencia, donde conocí a mucha gente, donde viví un montón de novedades pero, sobre todo, aprendí tantas y tantas cosas, le fui cogiendo gustillo a esto de viajar e hice varios viajes. Primero con asociaciones como Aspace o Cocemfe, donde hay unos monitores o un acompañante que te echan una mano en caso de necesitarlo, pero después me atreví a hacer un viaje con mis amigas (nosotras solas). Fue aquí cuando aprendí que, si te lo propones, lo puedes hacer y, sobre todo, aprendes a ser independiente, pues sabes que estás sola y que nadie te puede echar una mano. Cuando viajas por tu cuenta, sabes que debes de hacer muchas cosas que antes no habías hecho

nunca, como coger un autocar, o un taxi, o simplemente andar por una ciudad desconocida para ti.

La primera vez que me atreví a viajar sola, fui a San Sebastián con mis amigas. Recuerdo que yo tenía mucho miedo pero, aun así, me atreví a hacer aquel viaje. Estuvimos recorriendo la ciudad, viendo sus calles, sus monumentos, yo no me creía lo que estaba viviendo aunque, repito, tenía mucho miedo y éste no me dejaba disfrutar como a mí me hubiera gustado. Me encanta la playa y recuerdo que fuimos a ver la playa de la Concha. Fue entonces, cuando sentí algo maravilloso, que no se como explicarlo; nunca me había imaginado que podía ir alguna vez, sola sin ayuda de nadie.

Por eso, al verme delante de la playa de la Concha y ver que había ido sola, no se.... Simplemente, puedo decir que fue algo maravilloso y único. Por un instante, se fueron mis temores y me sentí muy bien conmigo misma.

Actualmente estoy en mi casa. Llevo un año y medio estudiando 1º de ESO en AUXILIA. La experiencia vivida en esta asociación ha sido muy positiva. Además de conocer a gente nueva y vivir experiencias nuevas, he aprendido muchas cosas. Ahora, por ejemplo, a nivel de estudios, se más que hace 2 años y, a nivel personal, he aprendido que yo también puedo conseguir mis metas y que lo importante es no quedarte por el camino, aunque esté lleno de obstáculos.

Para terminar tengo que decir que, en este momento, estoy llena de ilusiones y proyectos por hacer.

Mª Soledad Marina Herrera

Nota de la Redacción.-

De común acuerdo con Sole, hemos traído y publicado en estas páginas unos apuntes biográficos de esta gran amiga de Auxilia. De su lectura se desprende un renovado espíritu de lucha, un deseo inmenso de progreso, una vitalidad para superar las dificultades que la vida nos presenta. Creemos que es un buen ejemplo para los que dudan en ser ellos mismos, aceptando su situación pero al mismo tiempo revelándose contra ella con la sola finalidad de superarla.

Amiga "Sole", has logrado despertar nuestra admiración hacia tu persona. Gracias.